

DE LA ARTESA Y LA NIEVE

JUANA CASTRO (Diario Córdoba, 05/03/2005)

Acabo de oír en la radio a un empresario que ha dicho textualmente: "Es que no todo es ganar dinero. Hay que mirar también a la sociedad y colaborar. Si tenemos que tener a discapacitados, pues los tenemos, porque son personas como nosotros; y si hay que tener a jóvenes, lo mismo; y en vez de tener a tres trabajadores sobrecargados, pues tenemos a cinco". Me he quedado muda: si llego a llevar puesto un sombrero, me lo quito. Se trata de un empresario ejemplar, humano, de quien ni siquiera puedo ahora decir su nombre. Se trata de cultura.

Pero no creo que abunden empresas ni empresarios como el de la entrevista. La mayoría van sólo hacia el dinero, y que las instituciones se encarguen de actividades culturales y avances sociales, a pesar de que históricamente trabajo y cultura anduvieron siempre entrelazados. Por ejemplo, acaba de editarse un libro en el que **Feliciana Argueda** recopila, con letra y música, las nanas populares de la provincia de Córdoba. Y es que las mujeres, mientras amamantaban, limpiaban o mecían a sus criaturas, cantaban unas coplas que se han ido transmitiendo de madres a hijas y que, si no se rescatan y se ponen en papel, se perderían. También fueron hace unos años un par de profesoras, **María Teresa Morales** y **Juana Rosa Martínez**, quienes publicaron *La cocina tradicional cordobesa*, algo que procede de otro saber tradicionalmente femenino, la cocina, y que ellas se dieron prisa en publicar porque también puede llegar a perderse. Las cruces, el cuidado de las plantas, los bordados, los encajes... Quehaceres y arte y saber de las mujeres, que primero lo inventaron, luego lo practicaron y después lo transmitieron y enseñaron. Ahora que las mujeres están todas en la calle, ganándose su sueldo, todos esos saberes están a punto de olvidarse. En cuanto mueran las últimas que lo practican se acabó. Y ya nos quedan pocas. Curiosamente, aunque por una parte todos "pasemos" olímpicamente de esas labores "femeninas" porque han dejado de tener valor, por otra parte y a un tiempo la gente añora el pasado, quiere encontrarse con los vestigios de la memoria, con sus ancestros. Todo el mundo busca tomates de huerta, huevos de campo, salchichón artesano, casas antiguas... La gente quiere turismo rural, costumbres centenarias, naturaleza limpia y recetas de la abuela. ¿Cómo van a mantener las instituciones todo ese legado cultural y esa memoria histórica? Los patios de Córdoba, las cruces de Añora, las albóndigas de mi madre... si se industrializaran dejarían de ser lo mismo. Como han dejado de ser lo mismo las matanzas --las pocas que todavía se hacen--, que han pasado de rito y milagroso espacio de convivencia y esparcimiento a realizarse deprisa y corriendo y como con vergüenza.

Hasta que de pronto alguien, una empresaria, tuvo la idea de hacer una matanza en mitad de la plaza del pueblo, en Villanueva de Córdoba, el domingo pasado. Con su carro de los cochinos, su caldera de cobre y su candela, sus artesas, su máquina de picar y sus matanceros y matanceras. Su molondroscos, sus mollejas a la brasa, sus chicharrones y sus migas. Con su pregón de la matanza y su matancera mayor, **Isabel Castro la Farola**, porque fueron siempre las mujeres quienes aliñaban y daban el punto del comino, la sal y la pimienta a la masa de los embutidos, además de limpiar las cabezas o adobar los lomos. Acudió gente de la campiña, de Córdoba, de Málaga, de los alrededores... Y para rematar, la meteorología se encargó de poner la guinda, la nieve que empezó a caer a media mañana hasta que cubrió todo el campo, las encinas, los tejados y los coches. ¿Cuántos años hacía que no veíamos nevar? Por la noche, ya en Córdoba, una chica joven acompañada de sus amigas, les decía a sus familiares desde el coche con nieve en el parabrisas: "Lo hemos pasado muy muy bien. Además aquello es tan diferente? No parece Córdoba".

Los Pedroches en general y Villanueva de Córdoba en particular tienen una rica herencia cultural de la que las mujeres son sus principales protagonistas: sólo hay que agarrarla por los pelos y mostrarla, antes de que se nos pierda. La clase empresarial puede poner un poco de sensibilidad y atender a esa memoria artística y etnológica. Todo el mundo lo espera.